

La Cruz Roja: una campaña contra el dolor

Elite, 1953-03-14.

Solferino es una pequeña población de la provincia de Mantua, en Italia, célebre por la victoria que allí alcanzaron los francopiamonteses, mandados en persona por Napoleón III, sobre los austriacos, acaudillados por el Emperador Francisco José. El hecho de armas tuvo lugar el 24 de junio de 1859.

Los dos ejércitos hicieron contacto improvisadamente. Los austriacos suponían al ejército aliado acampado más allá del Chiese, a una quincena de kilómetros del lugar. Los aliados tampoco descubrieron las posiciones del enemigo desde sus globos de observación, ni los exploradores de avanzada dieron signos de alarma. Aunque los dos ejércitos se buscaban para dar la batalla decisiva, el encuentro fué sorpresivo.

El primer contacto se registró a las tres de la madrugada. A las seis, cada uno de los 300.000 hombres, aturdido con el estruendo de los redobles de tambor y los cañonazos, se había convertido en una catapulta humana de odio animal. La terrible batalla a lo largo de un frente de 20 kilómetros duró 15 horas. Al anochecer, el estandarte negro y amarillo con el águila imperial de los austriacos se había doblado bajo el peso afrentoso de la derrota.

* * *

La batalla había terminado. La trascendencia histórica de Solferino había quedado asegurada en los anales de la guerra. Cada bando contaría su historia.

Los historiadores nunca suman igual. Ni restan igual. Cada uno hace lo que puede para que su héroe quede en pie. Y ninguno de los dos hará nada para que esos que han caído para siempre adviertan a otros que es muy doloroso y estúpido morir así.

Del desastre humano de Solferino, del horror de una noche de agonía de más de 40.000 cuerpos desangrándose sobre la tierra estremecida, siembra inútil de los campos de batalla, no dirá nada el texto de historia. Dirá que la victoria ha sido de los piamonteses. ¿Quién ha vencido en este campo de muerte? Si los historiadores estuvieran presentes en los campos de batalla que describen, los relatos no serían tan fríos; no se citarían tantas cifras, y cada página de historia llevaría en sus bordes gotas de sangre restañada.

Pero la batalla de Solferino tuvo un testigo de humanidad y de dolor. Y registró una victoria que no recuerda el libro de historia. Por eso se distingue la del pueblecito italiano aquel día de San Juan de otras batallas. La de Solferino tuvo su historiador de derrota de la vida y de la razón. Y si alguno ha quedado vivo y fecundo en el recuerdo de la humanidad, es este turista suizo que se dedicó a curar y a atender a los heridos, enterrar los muertos y enviar unas frases a quienes morirían un poco a muchos kilómetros de distancia con el soldado a quien se le apagó la luz en Solferino: "Su hijo

murió el día 25, al amanecer. Las últimas palabras fueron para su madre. Aquí le envió algunos objetos del hombre que murió cumpliendo con su deber".

Aquí, en Solferino, de cara a la muerte, brotó la idea de la Cruz Roja que después ha curado tantas heridas, ha enjugado tantas lágrimas, rompiendo con prejuicios y fronteras, sin hacer distinción de banderías, razas ni religiones. En Solferino se consiguió la mayor conquista que jamás se haya obtenido en una guerra: conmover a la humanidad y mover a la acción fecunda para hacer que la miseria sea menos cruel, curar heridos y rescatar vidas.

"Puesto que tenemos que renunciar a los deseos y esperanzas de los miembros de la Sociedad de Amigos de la Paz, a los sueños del cura de Saint Pierre y a las nobles ideas de un Conde de Sellon; puesto que en una época en que se habla tanto de progreso y de civilización no pueden evitarse las guerras, ¿no es de urgencia insistir para que se busque, con un espíritu de humanidad y de verdadera civilización, a prevenir, o al menos a dulcificar los horrores de la guerra?".

* * *

Lo que vió J. Henry Dunant, el historiador de humanidad, en este pueblecito italiano, ha quedado escrito en un libro que publicó a instancia de unos amigos tres años después: "Un recuerdo de Solferino".

Tanto conmovió a la opinión pública el relato de esta tragedia, la narración de las miserias que sufren los heridos y moribundos después de una batalla, que promovió la Convención de Ginebra de 1864, donde se fundó la Cruz Roja.

El pacífico turista suizo que iba de paso por Solferino, dedicó a esta humanitaria empresa toda su actividad y toda su fortuna, hasta arruinarse. Jean Henry Dunant obtuvo el premio Nobel para la paz en 1901.

Antes y después de la batalla de Solferino se ha celebrado otras; algunas han sido descritas con detalles horripilantes. Y sin embargo ninguna ha despertado un movimiento colectivo del alcance humano que pueda asemejarse a éste de donde brotó la organización internacional de la Cruz Roja.

El folleto de J. Henry Dunant no constituye una joya literaria. Apenas se editaron unos pocos ejemplares. Y ni en Ginebra, donde se puso primero a la venta, se vendía. Sin embargo todo el mundo sabe hoy que existe la Cruz Roja, una organización dedicada a mitigar dolores, salvar vidas, allá donde se produce una catástrofe; todo el mundo conoce los servicios de dispensarios, hospital, casa-cuñas y otros al servicio del necesitado que funcionan en todos los núcleos de población de la Tierra y hasta en los lugares más apartados.

Pocos se preguntarán de dónde nació esta organización, cómo vive, de qué extraño modo subsiste. Una cruz roja sobre fondo blanco nos es tan familiar en el curso de nuestra existencia como una banda de música en un desfile, y esta parada en que está siempre presente la cruz teñida en sangre es larga y dolorosa en la vida de la humanidad.

El librito tampoco tiene autoridad. Dunant es un particular que no cuenta con grandes influencias políticas. Tampoco dice mucho de la forma en que podría organizarse este transcendental servicio humanitario. No expone ninguna doctrina, no

propugna ningún sistema filosófico, no propone ningún texto jurídico. Cuenta simplemente lo que vió un hombre de una sensibilidad y un espíritu de caridad poco comunes.

Y formula dos preguntas. No dos soluciones, sino dos interrogantes: "¿No habrá medio de constituir una sociedad que desde los tiempos de paz se proponga el objeto de atender a los heridos en tiempos de guerra? ¿No sería deseable que un Congreso formulase algún principio internacional convencional y sagrado que sirva de base a estas sociedades?".

Y sin embargo tuvieron un eco que ha trascendido hasta los lugares más escondidos y alejados del mundo. Basta que las escucharan un puñado de hombres con voluntad de acción. Lo encabeza Gustave Moynier, Presidente de la sociedad de utilidad pública de Ginebra. Bajo su iniciativa y la colaboración del General Dufour, un hombre de guerra que sabe de sus miserias, los doctores Appia y Maunoir, constituye un comité de acción en el que figura Dunant. Y nace el Comité Internacional de la Cruz Roja.

El libro fué publicado en 1862. Al año siguiente se había formado 17 modestos comités nacionales de socorro a los heridos. La Convención de Ginebra, donde nació el emblema que hoy asociamos a la atención de todas las catástrofes públicas y los muchos servicios médicos y sanitarios, se reunió en 1864, y aprobó 10 artículos protegiendo a los soldados heridos y enfermos. Hoy, la Cruz Roja Internacional está constituida por 68 sociedades con más de cien millones de miembros. Su reglamento consta de más de 400 artículos protegiendo a los prisioneros de guerra, heridos, y los civiles en poder del enemigo.

* * *

Los primeros servicios creados por la Cruz Roja han tenido un desarrollo inaudito. Su eficacia en el terreno de las relaciones internacionales y los ingentes servicios prestados a la humanidad, le han rodeado de un prestigio sin precedentes, y se ha constituido en modelo para asociaciones de carácter internacional que necesitamos en otros campos de la actividad humana.

No hay vínculo humano que supere en alcance a esta empresa de bondad y de hermandad en la vida de la humanidad. Sus cimientos son comunes a todos los grupos raciales, geográficos o políticos organizados o por nacer. La Cruz Roja es una obra ingente de la que nadie está excluido ni para colaborar ni para beneficiarse de sus servicios. Constituye una gran empresa de seguro mutuo. El día que esta empresa de voluntarios dedicada a socorrer al prójimo en desgracia nos agrupe a todos, absolutamente a todos, marcará un hito definitivo de superación en el proceso de civilización actual.

La Cruz Roja sobrepasó pronto sus primeros objetivos de dedicarse a mitigar los horrores de la guerra. Hoy cuenta con un número tan grande de servicios asistenciales que su campo de actividad humanitaria rebasa los límites de los hospitales. Ya no sólo se dedica a rescatar vidas que están en peligro, sino que está presente con sus Casa-Cunas en cuanto se incorpora una vida nueva a la sociedad, prepara su personal en las Escuelas de Enfermeras, ayuda a necesitados de toda índole a través de su Servicio Social, educa a

los niños organizando la Cruz Roja Juvenil, difunde la higiene en el hogar y presta cuidados a domicilio por intermedio de un Comité de Samaritanas de la Cruz Roja.

Pero además, como dijo el doctor Joel Valencia Parparcén, el Presidente de la Cruz Roja Venezolana, en su discurso inaugural de la campaña anual: "la Cruz Roja es todo y algo más. Es una agrupación de voluntarios al servicio de la sociedad, es una entidad que ha entendido que el hombre debe y tiene que hacer algo por el hombre, por elevar y hacer presentes las inagotables fuerzas morales en que cuenta el espíritu del hombre, enseñando que todos somos hermanos, tanto en la paz como en la guerra, y que nos debemos asistencia mutua en el afán de mejorar nuestra conducta en la vida".

Los refugiados y los huérfanos de guerra, los prisioneros y sus familiares, las víctimas de una catástrofe, los que reciben asistencia médica de toda naturaleza por no poder costearse un tratamiento o una operación, los beneficiados del Servicio Social saben del significado de este espíritu de solidaridad sin discriminaciones que caracteriza a los propósitos y la obra de la Cruz Roja.

* * *

Esta gigantesca empresa vive de donaciones, se mantiene con la aportación voluntaria de particulares. Tenemos en Venezuela ejemplos de vidas que están siendo enteramente dedicadas a propósito tan noble y tan de Dios. La empresa de la Cruz Roja Venezolana es de las más brillantes instituidas en el país. Se ha levantado con el aporte de muchos grandes y generosos sacrificios, y con la aportación humilde y sacrificada de muchas pequeñas gotas que siempre cuentan en momentos de necesidad.

Nadie sabrá nunca con qué contribución se ha rescatado de la muerte o el sufrimiento a un ser humano, pero uno sabe que su esfuerzo está presente allá donde se necesita. Y cada sonrisa arrancada a la miseria, cada herida curada, cada aliento de vida en seres a los que escapa para siempre, lleva una parte mínima, pero indispensable, para que este milagro de humanidad se produzca.

La Cruz Roja nació para aliviar el dolor de los soldados en tiempos de guerra. Las batallas terminan en horas o en días; las consecuencias de cada una de ella duran generaciones enteras.

La guerra contra la enfermedad, la miseria y el abandono señala una época constante de emergencia. Del primer objetivo de la Cruz Roja: un poco de paz en la guerra, a este, su objetivo de hoy, de: campaña sin descanso contra el dolor, ha llegado a través de un proceso maravilloso de dedicación y solidaridad de la que no debe quedar nadie al margen.

La Sociedad Venezolana de la Cruz Roja, fundada el 30 de enero de 1895, tiene la finalidad de orientar sus actividades de tiempo de paz en pro de la salud pública, ocurrir en auxilio de las autoridades competentes en caso de calamidades o catástrofes nacionales o que afecten a otros países, y procurar fomentar el espíritu de convivencia y cooperación entre los hombres, mujeres y niños del mundo. La Cruz Roja Venezolana, ajena a toda tendencia política, admite en su seno, sin distinción de sexo, raza ni religión, a todos los venezolanos o extranjeros, extendiendo a todos su acción humanitaria.

Es un honor servir bajo bandera tan amplia y generosa de convivencia y solidaridad humana. No todos pueden realizar el sacrificio de J. Henry Dunant, pero todos sin distinción pueden asociarse en un aporte proporcionado a sus medios a este hermoso movimiento de confraternidad. La campaña de enrolamiento de la Cruz Roja Venezolana está en curso. Durará todo este mes de marzo. Necesita de la generosa contribución de todos para llevar a cabo sus proyectos de asistencia y ayuda para el año 1953-54. Nadie puede negar su colaboración para cubrir el déficit de algo más de millón y medio de bolívares, cifra bien escasa si se tiene en cuenta la amplitud de programa de sus servicios. Esta no es empresa de nadie, es empresa de todos.